

# Los Chulavitas y sus Tradiciones militaristas y Conservadoras<sup>1</sup>

HERNANDO FIGUEROA<sup>2</sup>

**D**e Boyacá envían a Bogotá los primeros refuerzos el 9 de abril de 1948. Llegan para salvar la institucionalidad democrática del país. No reciben alimentos, se les hacina, se les emplea más allá de todas las fatigas.

De Boyacá extraen para la policía miles de chulavitas de Boavita y Soatá, simples campesinos que mal conducidos son lanzados a empresas de adefesio. Y ellos no recapacitan: obedecen. Confían en sus jefes. Es un pueblo esencialmente disciplinado; de ahí el fácil predominio del caciquismo<sup>3</sup>.

La multidireccionalidad y multicausalidad de la violencia en Colombia, hacen necesario estudiar esta problemática en todas sus manifestaciones<sup>4</sup>. La manera interdisciplinaria como se ha abordado el fenómeno de la violencia durante estas dos últimas décadas, ha permitido abrir diferentes caminos investigativos, tendientes a buscar posibles causas y por ende soluciones. En este sentido, la relación entre el discurso intransigente del catolicismo y la violencia ha sido un tema sugerido por los estudiosos de este fenómeno, pero no ha sido abordado sistemáticamente. Cuando se acercan a esta relación lo hacen tangencial y efímeramente, y nunca como tema central de la investigación.

En la relación política-religión-violencia, no cabe duda que la obra pionera de la historiografía de la Violencia de Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna y Germán Guzmán, abrió una puerta en este sentido para la investigación del problema religioso. "Es posible que el anticlericalismo -afirmaban- se haya acentuado debido en gran parte a la confusión endémica entre lo religioso y lo político a la colombiana"<sup>5</sup>. Cabe decir que estos autores hablan de un anticlericalismo acentuado durante la Violencia, no de una tradición anticlerical; muestran a los administradores de lo sagrado participando abiertamente en actos de violencia.

El supuesto enfrentamiento político-religioso, aumentado durante la violencia, es para los investigadores de este fenómeno un punto que no ha sido abordado clara y sistemáticamente. La más reciente investigación que aborda este problema trata de demostrar cómo la espiritualidad a la hora de identificarse con los partidos, es determinante durante la violencia. Carlos Mario Perea en su libro *Porque la sangre es espíritu*, analiza el discurso de la elite capitalina de mediados de siglo, mostrando la alta dosis de espiritualidad de los partidos en el enfrentamiento político. Con el análisis de los programas partidistas, demuestra la si-

militud de los partidos; sugiere que la diferencia más marcada y generadora del paroxismo político de mediados de siglo, podría tener en la forma religiosa de asimilar el discurso político su principal dinamizador, tanto de liberales como de conservadores. Perea habla de una sola cultura política, a diferencia de las subculturas de Pecaüt, para indicar que ambos partidos políticos tienen una similitud programática y una misma relación con el catolicismo.

Otros trabajos sobre la violencia han tenido en cuenta esta problemática, pero de manera un tanto tangencial, evidencian la participación de los párrocos en actos violentos, ya sea como agitadores en el púlpito o la cabeza de los mismos, como víctimas o victimarios. Dario Acevedo Carmona<sup>7</sup>, en su obra *La Mentalidad de las Elites sobre la violencia en Colombia. 1936-1949*, destaca el papel protagónico de las consignas católicas en el discurso incendiario de conservadores, en momentos de efervescencia política; además enuncia que la radicalidad de sectores de la Iglesia Católica impide la construcción de un Estado-nación pluralista. Por último ve a una Institución Eclesiástica que utiliza la espiritualidad de los conservadores para enemistarlos con los liberales «heréticos y pecaminosos». Estas dos obras se limitan al discurso utilizado por la elite y no cómo era asimilado por sacerdotes y campesinos.

Con el propósito de aportar elementos que permitan comprender cómo es asimilada esta situación por parte de los sectores subalternos en el norte de Boyacá el presente trabajo, tendrá en campesinos y sacerdotes sus principales protagonistas. Se ha escogido esta región, por considerarla un espacio en donde esta mezcla adquiere una fuerza inusitada. En este departamento la influencia y poder del Cura-párroco es bastante notorio. Lo que de una forma u otra favorece, un sectarismo de carácter religioso.

La violencia en Colombia en las décadas del treinta, tiene en el catolicismo un arma que se utilizó discursivamente, alcanzando en algunos momentos un supuesto aire de guerra religiosa. Guerra que obvia-

mente tiene su mayor referente en los conflictos políticos, y que el partido conservador sobredimensiona para defender el antiguo orden, basado en la moral católica, afectado por las propuestas de modernización y secularización del Estado. Al estudiar la relación política y catolicismo durante la violencia del 30 en Colombia, se puede concluir que está atravesada por intereses políticos y económicos, donde lo religioso es un elemento más de los conflictos culturales, no lo determinante.

Como se ha mencionado los diferentes estudios que de alguna manera se han preocupado por estudiar esta problemática, desde los años sesenta hasta fines del noventa, coinciden en observar que el hecho religioso<sup>8</sup> fue un elemento de la violencia, dejando entrever que los actores de la guerra asumieron posiciones intolerantes, ocasionadas por sus creencias religiosas. En el presente trabajo se estudia dicha relación a través de los Chulavitas, que han pasado a la historia como fanáticos conservadores y católicos. Fanatismo mediado profundamente por su adscripción partidista, consolidada por medio del poder clientelar de los líderes políticos regionales<sup>9</sup>.

Es esta forma de hacer política la que en últimas modela las actuaciones de los Chulavitas, más que su religiosidad. En Colombia se privilegia la filiación política por encima de creencias religiosas y de ciudadanía, impidiendo la construcción de un Orden Social, como lo sostiene Daniel Pecaüt. Lo cual explicaría que tanto liberales como conservadores tuviesen una misma relación con el catolicismo, y asumieran un discurso en rojo o azul en los momentos más álgidos del conflicto político, negando cualquier posibilidad de tonalidades.

Los chulavitas son un ejemplo claro de esta forma de hacer política y han pasado a la historia de Colombia con una imagen de campesinos sanguinarios, causantes de un gran número de masacres y crímenes atroces<sup>10</sup>. Situación acentuada por la literatura partidista que los muestra con una fuerte dosis de fanatismo político que raya en la religiosidad. En este ensayo se busca ahondar en este campo, y saber hasta dónde es

válido y por qué el supuesto fanatismo. Fanatismo que tiene sus raíces en el campo político y en la forma como son llevados a la guerra. Pesa más su experiencia militar, adquirida en la contienda política, que una supuesta religiosidad consolidada a través del catolicismo. Sin embargo como lo propone Imelda Vega-Centeno en su libro sobre el APRA<sup>11</sup>, al igual que en otros países latinoamericanos la cultura está penetrada por lo religioso, y en este sentido los chulavitas no son la excepción. Puede existir en el discurso de los Curas-políticos que los lideran cierto dinamizador de violencia, en un contexto conservador dirigido por caudillos militares.

Uno de los principales hechos que va ocasionar que a los Chulavitas se les conozca nacionalmente, fue a través de sus actuaciones nueveabreñeras; pues tomaron el control de la ciudad inmediatamente después de los disturbios en Bogotá. Cuando la ciudad despertó el 10 de abril, los bogotanos recuerdan que los escombros estaban siendo cuidados por el ejército y por policías de caras extrañas. Estas gentes de caras extrañas van a ser los que más adelante tendrían a cargo la misión de conservatizar al país por medio de la represión oficial, al actuar con funciones de policía conservadora, reconocida nacionalmente como policía Chulavita (policía política). La defensa eficaz del gobierno conservador por parte de los regimientos de chulavitas y su posterior utilización en la pacificación de regiones liberales en todo el país, fue el motivo principal para identificar a la policía conservadora como Chulavita. No obstante los chulavitas, desde tiempo atrás, ya tenían una fama de acérrimos defensores del partido conservador<sup>12</sup>. Su tradición conservadora, sus vínculos con los hacendados militares y con el Directorio Conservador Boyacense, son en últimas la principal razón para que antes del 48 ya tengan un reconocimiento nacional.

### **La vereda Chulavita y sus habitantes**

El término Chulavita designa a los habitantes de la vereda de Chulavita, ubicada en el municipio de Boavita (Provincia del Norte). En la búsqueda de mis

primeros contactos para la realización de las entrevistas, un día de mercado en que los chulavitas bajan de la vereda a Boavita para vender sus productos y adquirir los que no pueden cultivar, me llamó la atención el hecho que estos no se quitasen la ruana, sabiendas que la temperatura alcanzaba los 17 grados centígrados; la ruana es una de las principales características que identifican a los habitantes de la vereda. El clima de Chulavita es variado. Su geografía es bastante empinada, lo que les permitió en época de ataque realizar una buena defensa. Los principales productos que se cultivan en la actualidad son la papa, la arveja, el frijol y el maíz; para la década del 30 se cultivaba la caña de azúcar y el tabaco. Esta vereda desde comienzos de siglo se ha caracterizó por el predominio de la pequeña propiedad<sup>13</sup>; fruto de un proceso de fragmentación de la gran hacienda colonial, que dejó su huella en la filiación política de sus habitantes; desde comienzos del siglo y liderados por el coronel Figueroa.

La forma de vida de los chulavitas al parecer no ha cambiado mucho de la que tenían en las décadas del 30 y 40, lo que no impide que en la actualidad cuenten con todos los servicios públicos, incluyendo el servicio telefónico. La mayoría de sus habitantes en estos momentos son viejos y niños; los jóvenes continuamente migran en búsqueda de mejores oportunidades, lo que hace que la vereda no se densa.

Se cree popularmente que la participación de los Chulavitas en la policía conservadora de fines del 40 y comienzos del 50 fue numerosa; pero la densidad demográfica de la vereda no es, ni ha sido suficiente para conformar al menos un destacamento de policía. Por ello la participación de chulavitas en la policía conservadora de fines del cuarenta no supera una veintena, como ellos mismos lo aseguran. En el censo parroquial<sup>14</sup> de 1932, la vereda contaba con 600 habitantes de un total de 7.036 para el municipio de Boavita. En el censo de 1964 esta cantidad aumentó a 11.036 habitantes; y en el de 1985 a 14.921 de habitantes. Cifras que indican que el aumento de la población total entre un censo y otro no es significativo, lo cual

quiere decir que para 1948 la densidad de Boavita, y más específicamente de Chulavita, no es significativa, e impide materialmente que aporte un número importante de elementos masculinos y en edad de manejar armas. Los destacamentos de policía chulavita que operaron principalmente en el Tolima, el Valle, la Costa, Antioquía y los Llanos, fueron por tanto reclutados en toda la región del norte de Boyacá y en otras provincias boyacenses, no en Chulavita. En definitiva el nombre de los Chulavitas va a designar a la policía conservadora, no por el número de chulavitas que participaron en ésta, sino por lo que representaban para el conservatismo boyacense y del país.

Los chulavitas en este período simbolizaban lo más dogmático del conservatismo boyacense, como lo expresa un periódico de la época: «Su conservatismo es una mística, su conservatismo se ha constituido en un símbolo no sólo de Boyacá sino del país entero; su admiración por no decir adoración por el doctor Laureano Gómez raya en el fanatismo; en toda casa, en la choza más humilde se encuentra un retrato del gran jefe y de otros conductores del partido»<sup>15</sup>. Este es el ambiente en que los Chulavitas se convierten en una leyenda macabra, que en 1948 se institucionalizó en la policía, recreando una leyenda que para la década del cuarenta ya tiene unos antecedentes por sus actuaciones en la Guerra de los Mil Días, y por su actitud de auto-defensa durante el proceso de liberalización forzada de Boyacá en los treinta.

La posibilidad de acceder a testimonios de los habitantes de Boavita, de conocer por ellos mismos sus vivencias, de escuchar sus descargos, que se ven en la necesidad de hacer por el tratamiento de que fueron objeto, hace necesario dar a conocer la experiencia que se tuvo al realizar el trabajo de campo.

Los boavitanos, tal vez por el hecho de vivir en el pueblo son más sociables con los extraños que los chulavitas que en la actualidad viven en la vereda. Chulavita históricamente ha sido una zona que expulsa sus habitantes hacia otros lugares. Los migrantes lo hacen hacía Tunja y Bogotá y en menor medida a la

zona urbana de Boavita. Esta vereda es continuamente, al igual que la región, presa de emigraciones que le impiden tener un crecimiento demográfico. Los boavitanos que ayudaron a ubicar a los chulavitas son familiares o descendientes de los chulavitas, viven en Bogotá, Tunja y Boavita. La condición de vivir en la ciudad les hace más accesibles que los campesinos; al acercarse a ellos se pueden conocer a algunos campesinos chulavitas.

De lo entrevistados se destacan Mariano Figueroa e Ignacio Osorio, uno chulavita y el otro boavitano, quienes han sido durante mucho tiempo los viejos encargados de contar la historia oficial de los chulavitas. Ambos participaron en los acontecimientos posteriores al 9 de abril. Cada vez que se les requiere, relatan sus experiencias y lo que saben respecto al papel de los chulavitas en la Violencia de fines del 40.

Al comparar las diferentes entrevistas que han concedido cada uno, se puede apreciar que no varían sustancialmente de sus primeros relatos; pero no son los únicos: Existen funcionarios, alcaldes y en general todos los boavitanos que tienen alguna referencia sobre su pasado, porque durante la segunda mitad del siglo XX les ha tocado defenderse continuamente de los crímenes que le son imputados, sus alusiones históricas son bastante defensivas y tratan de mostrarse como víctimas de una mala propaganda liberal. Este hecho también hace que los campesinos de la vereda sean bastante taciturnos con las personas extrañas que quieren saber la historia de la vereda, y hace que los jóvenes cada vez tengan menos claro cual fue la historia de sus padres y abuelos. No obstante, cuando se logra superar esta dificultad asumen un trato amable y servicial con los extraños.

En estas condiciones poco a poco fui conociendo a algunos de los personajes más destacados de la vereda, destacándose la familia Figueroa: Carmen, Julio y Mariano, nietos del Coronel Figueroa. Mariano se mostró bastante prevenido para que lo entrevistase, pero al entrar en confianza recuerda la manera en que fue reclutado en la tarde del 9 de abril en Soatá, para ser transportado a Bogotá. El viaje durante toda la

noche en camión, los armamentos que le dieron en Tunja y las dificultades que tuvo que pasar para llegar a la capital. Pero mi interés no estaba precisamente en estos hechos, lo que quería saber era ¿Por qué fueron estos campesinos los encargados de defender el gobierno de Ospina Pérez y de conservatizar el país?.

Mariano Figueroa no fue el único, pues tuve la oportunidad de entrevistar alrededor de veinte boavitanos entre hombres y mujeres, que me relataron lo que sabían o habían vivido. Llama la atención que teniendo una imagen, que así sea aparentemente poco positiva, se sientan orgullosos de ser chulavitas, lo que hace que sean bastante solidarios y posean un fuerte regionalismo.

El hecho de convivir un tiempo con los habitantes de la región, me permitió concluir que una de las razones para que hayan entrado a la guerrera partidista y hayan asumido un radicalismo, que para algunos autores raya en el fanatismo y que los dio a conocer en la historia, fue entre otras, su aparente sumisión y obediencia debida, que se transforma en autoritaria cuando asumen posiciones militaristas detrás de una arma. Sin olvidar claro está, la dependencia económica y política a los gamonales de la región, quienes fueron en últimas, quienes los condujeron y los utilizaron para ejecutar su tarea de sembrar la muerte.

De otra parte se concluye que existe un silencio cómplice que dificulta saber más sobre sus actuaciones, ocasionado tal vez por los continuos ataques que la historia les hace. Por último, los chulavitas representan suficientemente al campesino boyacense en sus tradiciones políticas, sociales y culturales. De ahí que la policía chulavita, nombre con el que se conoció a muchos boyacenses, no sólo hace referencia a una institución, sino que representa la forma de ser de un número importante de boyacenses.

#### Generales. gamonales y clientela

La principal identidad de los chulavitas se basa en una tradición conservadora y belicosa, heredada desde la

Guerra de los Mil Días; fortalecida a través de un catolicismo de corte intransigente de las mayorías conservadoras, y de las relaciones de patronato entre campesinos y hacendados-militares. Esta región, al igual que Boyacá, como lo afirma un Editorial de El Tiempo de 1925, está inmersa en unas profundas relaciones gamonales y clientelistas:

*Y si hay una sección del país en donde la situación es particularmente grave, donde la explotación del siervo de la gleba tiene caracteres inicuos, es en Boyacá, sirviente no pagado de todos los poderes municipales del alcalde, del cacique y del párroco, de la Iglesia y del Estado, el campesino emplea por lo menos la mitad de su tiempo útil en componer los caminos por donde transitan los patronos, en servir de policía y en el levantar el templo del señor<sup>16</sup>.*

Este artículo es bastante ilustrativo de la situación de dependencia en que se encuentra el campesinado boyacense de este período, su dependencia no sólo es con el hacendado, y por ese camino con el caudillo, sino con la institución eclesiástica. El párroco a través de la construcción del templo del señor maneja grandes capitales, y la utilización que hace de la mano campesina le permite tener un control total del capital humano, que muchas veces utiliza en beneficio propio. En cuanto al papel de servidumbre frente al gamonal o hacendado, títulos como Siervo sin Tierra, Tipacoque: Estampa de una Región, El Cristo de Espaldas, reflejan claramente estas relaciones serviles y de pobreza en las que viven los campesinos; estas novelas tienen como protagonistas a los habitantes de la región. Caballero Calderón, hijo del general Lucas Caballero, nos recrea en su novela las condiciones en que vivieron los campesinos, sus relaciones con los gamonales y el papel de estos últimos:



*El cacique, personaje siniestro que se interpone entre el campesino y las autoridades locales a que a estas se superpone y las somete a su servicio, o las quita y las pone a su antojo, por toda clase de artimañas; la aldea materialmente y espiritualmente le pertenece. El alcalde es un espolique y el consejo su cómplice, el juez y el notario sus alcahuetes...<sup>17</sup>.*

Dentro de estas relaciones de servidumbre, la influencia del cacique o gamonal del pueblo en la adscripción de los campesinos a un partido, es inherente. Los caudillos de las guerras decimonónicas lograban movilizar a los contingentes campesinos gracias a su poder hacendatario, reafirmando de esta manera los vínculos de lealtad, de sumisión y de cohesión partidista, entre hacendado y campesino<sup>18</sup>. Esta tradición continuará para las movilizaciones partidistas de las primeras décadas del siglo XX, en elecciones y escaramuzas militares. Aquí la filiación política y sus odios, se heredan y se manipulan por los gamonales de pueblo. Así lo percibe un campesino boyacense:

*Me tocó dar el voto por Olaya Herrera. Entonces de Bogotá llegó la orden a todo Boyacá, que todo patrón dueño de terrenos que tuviera arrendatarios, por razón o fuerza, tenían que hacerlos votar a favor de Olaya Herrera<sup>19</sup>.*

Pedro Nieto, otro campesino boyacense, al recordar las elecciones del 30, recuerda cómo sus patrones lo presionaron para que votase por el candidato que ellos apoyaban:

*“Me acuerdo cuando nuestro patrón por obligación; en ese tiempo todos los dueños de tierra que tenían arrendatarios, hicieron*

*votar a todos los arrendatarios. Nos hicieron sacar las cédulas y a votar. Eso fue como a los ocho días que nos dieron las cédulas e hicieron las elecciones”<sup>20</sup>.*

El poder hacendatario unido a las luchas partidistas, hacen de esta región un fortín del conservatismo más ortodoxo de Boyacá, al lado de Antioquía. Javier Guerrero, ubica esta zona como estratégica dentro del mapa político para la derrota del radicalismo santandereano en la consolidación de la Regeneración. Región caracterizada históricamente desde el siglo pasado porque en ella los líderes comunales, políticos y párrocos son conductores militares<sup>21</sup>.

El párroco Cayo Leonidas Peñuela, en su libro Soatá. Descripción Geográfica y Noticia Histórica de esta Población, nos narra una historia en la cual los hitos más relevantes son las guerras. Es importante aclarar que la historia académica de comienzos de siglo veía en las gestas militares los hechos que merecían ser historiados<sup>22</sup>. Sin embargo Peñuela logra reflejar un sentir que es inherente a los habitantes de la región. Peñuela nos relata cómo él mismo durante la guerra de los Mil Días, asumió la defensa de Soatá frente una guerrilla liberal que operaba en la región y que amenazaba con tomarse el pueblo.

Los habitantes norteños tienen dentro de su regionalismo y de su conciencia histórica una imagen de su pasado salpicado de guerras, de héroes militares de ascendencia gamonal o de extracción campesina. El padre Nepomuceno Leal, natural de Panqueba, reconoce de manera clara esta situación:

*Los pueblos del norte, desde la guerra de los mil días y las que hubo anteriormente se han manifestado como pueblos guerreros, deteniendo muchas guerrillas en la guerra de los mil días, cuando pasaban por las hondonadas, ahí del Chicamocha y del río Nevado,*

*a piedra desde arriba, desde la cima...<sup>23</sup>.*

Las condiciones geográficas de esta zona, bordeada por grandes precipicios, hace que la defensa y el ataque de pequeños destacamentos de liberales o conservadores, esté supeditado a su posición táctica en el control de una cima. Es así como en los relatos de las guerras decimonónicas, el ataque a cuadrillas enemigas se hacía a piedra cuando las municiones se acababan, aprovechando el dominio que se tenía del alto. Dentro del folclore boavitano persiste una copla que hace referencia a la bravura de los Chulavitas. La copla narra cómo un destacamento al mando del coronel Figueroa, vence a una tropa liberal. La fecha de esta gesta la ubican algunos de los entrevistados en la guerra de los mil días, pero Cayo Leonidas Peñuela, en el libro anteriormente citado, la ubica en la guerra de 1876. Los Chulavitas protegidos en la cuchilla de las Churumbelás y después de haber agotado la munición, se ven obligados a lanzar piedra al ejército liberal que los persigue, al mando de un coronel Castillo.

*"La pelea de las Churumbelás  
Fue una pelea muy lucía  
Quince pa' quinientos  
y piedra que les llavía..."*

La participación activa de los campesinos de las provincias del Norte y Gutiérrez en las guerras decimonónicas, evidencia su tradición guerrera. El asentamiento en esta zona, de generales como Prospero Pinzón, Lucas Caballero, Santos Gutiérrez, Sotelo Peñuela, Calderón, Arístides Barrera, Casimiro Puentes, Julián Arango y el coronel Figueroa entre otros, demuestra la tradición militar de esta región. La mayoría de estos militares nombrados a dedo por su participación en la batalla de Palonegro serán los hacendados encargados de la administración de justicia y del control de las autoridades locales. Al lado de estos hacendados-militares se encuentran las familias tradicionales que ejercen su poder gamonal y que han logrado su prestigio por ser descendientes de estos militares. Los Peñuela, los Calderón, los Figueroa y los Villareal, por nombrar algunas familias, tuvieron en

sus siervos y arrendatarios la carne de cañón para ir a las diferentes guerreras. La guerra y el latifundio le definieron y consolidaron al campesino la pertenencia a un partido, pero a la par le crearon un enemigo. Alfredo Molano en la construcción del relato de Nasianceno Ibarra, describe locuazmente esta realidad:

*... en Tipacoque, allá el jefe era el general Calderón que tenía una gran hacienda. Todos sus trabajadores eran liberales porque el general lo era. En cambio en Guican eran conservadores porque el general Gallo lo era, y Chulavita era también conservadora, porque en esa vereda tenía su asiento el coronel Figueroa. Claro que los conservadores éramos y somos mayoría, porque la mayoría de los hacendados eran conservadores y todos obedecían el generalato de Prospero Pinzón.<sup>24</sup>*

En la construcción de este relato Alfredo Molano, trata de mostrar cómo los habitantes de esta región se consideran de tradiciones conservadoras, tradiciones provenientes de la Guerra de los Mil Días. La tradición militar de los chulavitas se da en un espacio en el cual su pasado les permite tener unos fuertes referentes militaristas.

#### **A sonido de cacho**

Uno de los recuerdos más memorables de los chulavitas al lado de las jornadas comunitarias para construir la Iglesia de Boavita, son las revistas militares que realizaba la policía cívica<sup>25</sup> durante los años treinta y cuarenta. Varios viejos y adultos, que en esta época eran niños, recuerdan cómo en una hondonada de la finca de los Figueroa se realizaba gimnasia militar y polígono. Comentan anecdóticamente cómo cada uno de los participantes tenía que tallar su propio fusil en madera, para poder entrenar; que con los pocos fusiles (grass) de la Guerra de los Mil Días hacían polígono. Prácticas militares dirigidas por los chulavitas que

habían estado prestando servicio, muchos de los cuales fueron alistados para la guerra con el Perú. Pero también existía una experiencia propia, adquirida en la defensa de la vereda de los continuos ataques de que fueron víctimas por parte de los liberales, y obviamente la de los mayores que habían participado en la Guerra de los Mil Días.

La manera como organizaron la defensa de la vereda, por las condiciones inclinadas y por estar rodeada de acantilados, no fue difícil. En las épocas de mayor violencia, todas las noches colocaban postas a lo largo del único camino que había para ingresar a la vereda, y en las noches dormían en el monte. Cuando había un peligro inminente hacían sonar los cachos que tenían en todas las casas para reunirse rápidamente en la finca de los Figueroa. Situación que se presentó durante gran parte de los treinta.

El cacho para los chulavitas era una arma fundamental que los mantenía en constante comunicación. Julio Figueroa, alcalde de Boavita a finales de la década del 40 y comienzos del 50, nos narra cómo en su juventud los chulavitas se entrenaban en tácticas militares: "Me acuerdo cómo los mayores, los fines de semana, realizaban ejercicios, y con fusiles de madera hacían orden cerrado y tácticas de guerra... Existían grass con los cuales practicaban tiro al blanco..."<sup>26</sup>.

Las escaramuzas de la policía liberal, del estanco y del ejército, cuando no era para hostigarlos, las realizaban para perseguir bandoleros conservadores, que después de realizar sus incursiones en contra de los liberales de la región, se ocultaban allí. En otros casos la policía de rentas o el estanco entraba a la zona para impedir el tráfico de aguardiente, elaborado en los alambiques clandestinos; en el norte de Boyacá, el aguardiente de chulavita era apreciado por su buena calidad. Alcides García, uno de los personajes más representativos de la región y mitificado en las provincias del norte, fue perseguido por la policía por ser uno de los más importantes traficantes de aguardiente. De Alcides García se dice que era protegido por el directorio conservador de Soatá y por los Curas de la región, también que participó activamente en la orga-

nización de los destacamentos de policía, enviada a Bogotá en 1948.

### **El templo del señor**

Unido a la tradición conservadora y militar de esta región, se encuentran sus fuertes costumbres católicas. El imaginario católico de sus habitantes es un cohesionador social más, al lado de su filiación política, heredada o impuesta por las familias gamonales. El Cura-párroco, como administrador y vigilante de las tradiciones católicas, muchas veces poseía más credibilidad que los administradores municipales y los alcaldes.

Las relaciones entre Iglesia-Estado o Cura-feligreses en la parroquia, se verán reflejadas en manifestaciones de apoyo, como las hechas por los boavitanos en 1936 a raíz de las propuestas liberales de reforma concordataria, en carta dirigida a los señores arzobispos y obispos de Bogotá, expresan su apoyo a la iglesia<sup>27</sup>. Catolicismo expresado por los viejos a través de los recuerdos de la construcción del templo<sup>28</sup>... Relatan alegremente cómo todos los boavitanos trabajaban fervorosamente en brigadas y por turnos, un día a la semana durante los diez años que duro la construcción de la Iglesia. Construcción a cargo del Cura Goyeneche, párroco que en el treinta es denunciado por un periódico liberal de estar fraguando constantemente al lado de los chulavitas atentados contra los liberales<sup>29</sup>.

El padre Goyeneche es un buen ejemplo del papel que asumían la mayoría de los clérigos en Boyacá. Su función no se limitaba a ser un administrador de lo sagrado. Pastor Davila, acólito de Goyeneche a mediados del treinta, lo recuerda como una persona bastante activa, negociante y comprometido con el partido conservador. Nos comenta además que mantenía muy buenas relaciones con el padre Peñuela, siendo el interlocutor entre los chulavitas y éste<sup>30</sup>. El padre Agustín Amaya recuerda cómo él mismo participó en una fiesta en chulavita, después de haber estado en la Iglesia de Boavita con el padre Goyeneche.



*Esa vereda, y esos chulavitas eran racamandaca. Allá llegamos con Manuel Agudelo y eso se formó gran piquetón de gallina y de toda esa cosa. Y echaron pólvora... hablando de revoluciones que los conservadores debían cogerse el poder, y el Manuel Agudelo les echaba sus discursos y toda esa cosa incendiarios. Entonces los tipos, es decir, tenían por allá chocos antiguos ¡¡ Grasses !! que les habían quedado de la guerra de los Mil Días; entonces sacaban pa' limpiarlos y engrasarlos<sup>31</sup>.*

Por escapar a las posibilidades de esta investigación, no se estudia profundamente cómo era percibido por los chulavitas la doble función del párroco como religioso y líder político. No obstante, en los chulavitas hay una marcada religiosidad en la forma de vincularse al partido conservador. Vínculo fortalecido en los treinta por la necesidad de defenderse de los continuos ataques de que fueron víctimas por parte de los liberales. También por el papel que desempeñaron los conductores políticos de la región, en este caso el directorio conservador a la cabeza de la familia Peñuela y los Villareal. Familias que desde la Guerra de los Mil días tenían una fuerte influencia en las provincias del Norte y Gutiérrez.

Religiosidad entendida no en los términos propios de una hierofonía<sup>32</sup>, con una religión establecida<sup>33</sup>, un Dios y unos ritos de iniciación, sino en términos de acercamiento a una colectividad política que logra crear colectividad; con unas representaciones simbólicas<sup>34</sup> y partidistas, históricamente construidas y transmitidas familiar y políticamente, que en este caso se representan y se perciben en los deseos de retaliación.

La tradición conservadora y católica de esta región se hace evidente al conversar con sus habitantes. Ellos mismos se identifican dentro de estas costumbres.

Durante los períodos de agudización del conflicto político, en las elecciones y cambios de gobierno, en las escaramuzas de una vereda liberal a una conservadora o viceversa, de un pueblo a otro..., se reafirman en su filiación. Para la década del 30, lo católico por la posición de los Curas-párrocos y de la Iglesia como institución, también se convierte en bandera política, recordando lo ocurrido durante las guerras del siglo XIX. Los periódicos liberales, conservadores o católicos, los sermones de sacerdotes o discursos de políticos, están impregnados de manifestaciones de índole religioso y partidista, de corte intransigente.

#### Alcides García<sup>35</sup> y los chulavitas

Los Chulavitas son identificados como campesinos de contextura fuerte, las descripciones que de ellos se hacen los muestran como valerosos, ágiles para el combate, parcos y reservados.

*Ellos eran guapos, templados... les tenían miedo, les metían el ejército y la policía, ellos se defendían, se reunían por allá en un cerro desde donde les disparaban, no se dejaban capturar; entonces cogió fama que todos los norteños son chulavitas<sup>36</sup>.*

El imaginario que se ha construido de ellos a través de la historia puede que se aleje un tanto de la realidad, pero esta imagen cierta o falsa les ha dado una identidad, la cuál se refleja en el saber histórico de los viejos. Las atrocidades que les son atribuidas a los Chulavitas en las diferentes regiones del país durante la Violencia, buscan ser modificadas en sus relatos para reconstruir una imagen positiva de su pasado. Se muestran como perseguidos en la década del 30 por los liberales, y utilizados por los líderes conservadores durante el gobierno de Ospina Pérez.

Pero si los norteños tienen sus héroes militares que representan la autoridad, también tienen sus héroes de

extracción humilde, que no representan un poder hacendatario. Para los Chulavitas esta imagen es encarnada en personajes como Alcides García, Celestino García, Gratiano Niño y Juan Hernández, conocidos popularmente como refugiados provenientes de veredas y municipios del norte de Boyacá y Capitanego (García Rovira).

Las condiciones topográficas de la vereda Chulavita y de ser fortín conservador facilitó que en estas tierras se ocultaran conservadores alzados en armas, perseguidos o desplazados por los liberales. Alcides García es uno de estos personajes. Nacido en la Chorrera (Soatá), tuvo como centro de operaciones a la Chulavita, fue el líder de una cuadrilla conservadora que hostigaba continuamente a los liberales. Dentro de los recuerdos de los norteños, Alcides García se vuelve un bandolero porque constantemente fue perseguido por la policía de rentas, encargada de vigilar el tráfico de aguardiente; tráfico del cual nuestro personaje estuvo siempre a la cabeza. Su experiencia militar le permitió además entrenar a otros conservadores.

*Comenzaron a actuar desde el 33 en adelante, empezaron a perseguirlos. Se la pasaban en el campo, en las veredas, de noche hacían los asaltos a las casas de los liberales y se podían matar mataban y no se iban, lo hacían en defensa del partido, de la región. Ellos eran apoyados por los campesinos de la región, les daban de comer y les ayudaban. Se murieron pero no los apresaron. Operaban en Boavita, San Mateo, Guacamayas, El Espino, Chita, etc...<sup>37</sup>.*

Se dice además que Alcides García, cumpliendo órdenes de los conservadores de Soatá y del gobernador de Boyacá, Chepe Villareal, es el encargado de organizar los destacamentos que viajaran a Bogotá el 9 de abril

en la noche<sup>38</sup>, pero Chulavita también tuvo sus propios héroes como es el caso de Juan Hernández, compañero de andanzas de Alcides García. De Enrique Figueroa, nieto del coronel Figueroa e hijo del alcalde de Boavita, muerto en el año de 1931, uno de los primeros dados de baja con la llegada de los liberales al poder. Las figuras de Alcides García y de Enrique Figueroa, representan la capacidad guerrera de los Chulavitas. Algunos de estos personajes prestaron servicio militar adquiriendo la experiencia miliciana, que transmitieron a sus compañeros de andanzas y a muchos campesinos de la región. Alcides, perseguido por las autoridades locales durante el gobierno liberal, pasó a ser un defensor de las autoridades legalmente constituidas, cumpliendo funciones de policía civil durante el gobierno conservador de Ospina, reclutando a norteños para la defensa del gobierno.

#### Policía chulavita

Uno de los principales hechos que va permitir que a los Chulavitas se les conozca nacionalmente fue gracias a sus actuaciones después del 9 de abril, controlando los disturbios en Bogotá. La defensa eficaz del gobierno conservador por parte de los regimientos de chulavitas y su posterior utilización como pacificadores en otras regiones del país, fue el motivo principal para identificar a la policía conservadora como Chulavita.

Desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, la policía colombiana fue un órgano desarticulado que funcionó regionalmente sin un mando centralizado. Existía la Policía Nacional, la Departamental, la Municipal, la de Rentas, la Rural y la de seguridad (SIC), adscritas al ministerio de gobierno. La situación de anarquía a escala nacional permitió que las autoridades regionales y locales tuviesen un control total sobre la policía, situación que facilitó que uno u otro partido en el poder político la utilizase como elemento de represión oficial en contra de sus adversarios<sup>39</sup>. Durante la violencia política de 1930 a mano de los liberales, y a fines del 40 y comienzos del 50 por parte de los conservadores, este órgano adquirió

una inusitada fuerza como elemento central en la lucha partidista; en los 30 liberalizó zonas de hegemonía conservadora y a fines del 40 conservatizó zonas liberales. Es solamente durante el gobierno de Rojas Pinilla que la policía se nacionaliza y pasa a ser parte del ministerio de guerra a través del decreto 1814 y el 3220 del 10 de julio de 1953<sup>40</sup>. De esta manera se busca su centralización, y que ésta dejase de ser utilizada indiscriminadamente por las autoridades regionales y locales.

Los acontecimientos en torno al 9 de abril, son uno de los ejemplos más claros de la politización en que se encontraba la policía; es así como en esta fecha se sublevó, llegando a armar a los civiles. Es claro que esta situación se presentó porque la policía en este momento todavía era liberal. Es en este momento cuando el partido conservador comienza un proceso de depuración de los elementos liberales, para reemplazarlos por conservadores de entera confianza; y es aquí cuando los Chulavitas comienzan a adquirir un importante papel en el sostenimiento del gobierno conservador de Ospina Pérez., José María Villareal<sup>41</sup> comenta su papel en el sostenimiento del gobierno conservador, gracias a que como gobernador de Boyacá, logro movilizar a un número importante de campesinos boyacenses, reclutados por la policía. Inicialmente la principal región de Boyacá que le proporcionó los primeros contingentes de policías fueron reclutados por su hermano Camilo Villareal en Soatá, y adiestrados por Alcides García<sup>42</sup>.

La conservatización del país y de la policía boyacense, adquiere su mayor fuerza con la reglamentación que hace la Asamblea Departamental al crear policía política SIC, adscrita a la División Boyacá de la Policía Nacional (ordenanza N. 1 del 10 de mayo de 1947); y con la facultad del gobernador de contratar con otros departamentos los servicios de la policía, además con los municipios, por medio de la creación de 12 inspecciones (ordenanza N. 27 del 2 de julio de 1947)<sup>43</sup>.

Los intereses del conservatismo boyacense iban más allá de Boyacá y tal vez el protagonismo que tuvieron

en los acontecimientos del 9 de abril, y sus actuaciones posteriores, los motivo a seguir con una política de fortalecimiento y ampliación de la policía departamental. Por ello en el año de 1949 bajo la ordenanza N. 3 dada en noviembre, la Asamblea decide el aumento del personal policial para la contratación de sus servicios a otros departamentos.

Es tanta la demanda de policía Chulavita que a través de dicha ordenanza se autoriza al gobernador suspender «obras o gastos decretados, abrir créditos, suprimir o refundir empleos, hacer traslados y realizar las operaciones pertinentes en el presupuesto de la actual vigencia»<sup>44</sup>. Pero no sólo con la imposición de este tipo de decretos es que se amplió la policía boyacense. Gladiz de Segura también argumenta que existió una nomina paralela, subvencionada con el sueldo de los mismos policías nombrados oficialmente, para mantener una policía clandestina, encargada de realizar las tareas más bajas<sup>45</sup>. Para el conservatismo boyacense la policía se convirtió en la triste manera de dar a conocer a los boyacenses en todo el país; realidad que se convirtió en motivo de orgullo. Así lo expresa El Demócrata, órgano oficial del partido conservador:

*Boyacá, ni histórica, ni racialmente, en manera alguna, es un pueblo inferior a los demás conglomerados étnicos nacionales. Raza fuerte, raza vigorosa y altiva, ha hecho el milagro en los grandes acontecimientos históricos, desparrramándose, inclusive en otras regiones del país, en holocausto memorioso por la restauración de la ideología conservadora, como lo efectuaron no hace muchos los escuadrones chulavitas en el Valle, en Caldas, la Costa y Antioquia<sup>46</sup>.*

Escrito revelador que permite ver cómo para los boyacenses, la implantación del orden conservador y católico en el país se convirtió en una tarea fundamental que adquirió, por el lenguaje utilizado, un carácter



fanático; y que es utilizado para reivindicar su papel dentro del juego político del país. Los boyacenses que en este período no tenían un papel determinante dentro de la política nacional, lo adquirieron por medio de la policía política que los reivindicó nacionalmente; sin importar que hayan sido los causantes de una época de terror, y que hayan pasado a la historia con una imagen llena de odio. Estas actuaciones por lo menos para la clase dirigente no tuvieron importancia.

Como ya sea ha mencionado, cuando los chulavitas: representantes de la idiosincrasia boyacense ejercen autoridad, en este caso armada, su servilismo se transforma en un sentimiento de reafirmación personal. Lo que hace que muchos militares de las Fuerzas Armadas, vean en ellos los mejores elementos para recibir ordenes y realizarlas, sin ninguna objeción.

La utilización de las huestes chulavitas o mejor boyacenses en la conservatización sangrienta del país, tiene en lo político su principal fundamento, sin dejar de lado que la contratación de policía boyacense por otros departamentos fue también un negocio rentable para la gobernación de Boyacá. El interés político y económico es en últimas, la razón que contribuyó a la estigmatización de los chulavitas, en donde el elemento católico, su religiosidad no fue lo determinante a la hora de ejercer el terror. No obstante, la religiosidad de los chulavitas representa el vínculo más claro entre el orden católico, implantado por la fuerza y el partido conservador, que buscaba nuevamente un orden moral católico, como el impuesto en la Regeneración

Gobierno. Universidad Nacional de Colombia-Colciencias. Bogotá. 1988.

<sup>5</sup> Germán Guzmán Orlando, Fals Borda, Eduardo Umaña Luna. *La Violencia en Colombia*. Tomo I Bogotá. 1962. 241-242.

<sup>6</sup> Carlos Mario Perea en *Porque la Sangre es Espíritu*. Editorial Aguilar. Santafé de Bogotá. 1996.

<sup>7</sup> Este autor teniendo presente la obra de Serge Moscovici, argumenta que al hacer referencias al pasado los movilizadores sociales en los discursos políticos da seguridad y cohesión a quienes se pretende movilizar. También como la violencia se convierte en un instrumento de agitación y propaganda de esta manera se «modela pasiones sentimientos de la población trabajando con un lenguaje, en el que las imágenes, las recurrencias míticas y los símbolos para afirmar sus propias convicciones y para deformar al enemigo son algo fundamental». Dario Acevedo Carmona. *La Mentalidad de las Elites sobre la violencia en Colombia. 1936-1949*. Editorial Ancora. Bogotá. 1995. 40.

<sup>8</sup> Lo religioso genera un debate recurrente al interior del círculo de los estudiosos del hombre y su relación con lo trascendente. La presente investigación no desconoce esta realidad, por esta razón tomará de este debate el sentido que se da a lo simbólico y a los estímulos que se obtienen de la representación de lo sagrado, por considerarlo prioritario para comprender la relación política-religión-violencia. La posibilidad de estudiar lo simbólico, como una representación de una experiencia trascendente, (Hierofanía) que estimula colectiva o individualmente un sentimiento religioso, es básica para comprender como es percibida la imagen de un sacerdote político y propiciador de actos violentos, en la mentalidad de los feligreses. Julien Ries. *Lo Sagrado y lo Profano en la Historia de la Humanidad*. Ed. Encuentro. Madrid. 1989.

<sup>9</sup> Fernando Guillen Martínez. *El Poder Político en Colombia*. Ed. Punta de Lanza. Bogotá. 1979. 392.

<sup>10</sup> María Victoria Uribe. *Matar, Rematar y Contrarrematar*. Ed. Antropos. Santafé de Bogotá, 1996 (2 edición).

<sup>11</sup> Imelda Vega-Centeno. *Aprismo Popular. Cultura, religión y política*. Ed. Tarea. Lima. 1991. 50-70.

<sup>12</sup> Víctor Dávila González. "Un ejemplo de cultura cívica. son los tan injuriados chulavitas boyacenses. *El Demócrata*. Tunja. 9-16 abril 1948: 4-5. En este artículo Dávila hace una breve descripción de los chulavitas, habla sobre su organización política e importancia para el conservatismo boyacense. La defensa que hace el autor de los chulavitas evidencia que estos desde la llegada de Ospina Pérez ya están en la picota pública. Además de que ya son destacados defensores del conservatismo en Boyacá.

<sup>13</sup> Para profundizar en el tema, la obra de Fals Borda nos ilustra la manera como en Boyacá se dio este proceso de fragmentación del latifundio. Fals Borda. *El hombre y la tierra en Boyacá*. Desarrollo histórico de una sociedad minifundista. Ediciones Documentals. Bogotá. 1957.

<sup>14</sup> Archivo Parroquial de Boavita. G.N. Santafé de Bogotá. Archivos Parroquiales. Arquidiócesis Soatá-Malaga.

<sup>15</sup> *El Demócrata*. Op. Cit. 4. Cursiva de la investigación.

<sup>16</sup> Jeny Patricia Rangel y Marta Rodríguez. *Policías y Chulavitas: Un Aspecto de la Violencia en Boyacá. 1946-1953*. U.P.T.C. Tunja. 1997. *El Tiempo*. Bogotá. Abril 24 de 1925. Cursiva de la investigación.

<sup>17</sup> Eduardo Caballero Calderón. *Los Campesinos*. Ed. Canal Ramirez-Antares. 94-95.

<sup>18</sup> Fernando Guillen Martínez. *La Regeneración. Primer Frente Nacional*. Ed. Carlos Valencia Editores. Bogotá. 1986.

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el evento: El 9 de Abril y la Provincia. Organizado

por la Línea de Investigación en Historia de la Violencias. Departamento de Historia. Universidad Nacional. Santafé de Bogotá. , Abril de 1998.

<sup>2</sup> Estudiante de Historia de la Universidad Nacional.

<sup>3</sup> Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. *La Violencia en Colombia*. Tomo I. Bogotá. 1962. 74.

<sup>4</sup> *Colombia: Violencia y Democracia*. Informe Presentado al Ministerio de



<sup>19</sup> Entrevista a Pipe. Noviembre de 1989. Anexo. Carlos Arturo Arenas Vega. *La violencia de 1930-1936 en las provincias de Norte y Gutiérrez de Boyacá, estudio de casos*. (Monografía) UPTC. Tunja. 1991. 38.

<sup>20</sup> Entrevista a Pedro Nieto. Octubre de 1990. *Ibid.* 90.

<sup>21</sup> Javier Guerrero. *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia*. Editorial Tercer Mundo, Bogotá, 1990. 52.

<sup>22</sup> Bernardo Tovar en un artículo muy sugerente "Porque los Muertos Mandan" habla de la tradición Historiográfica de comienzos de siglo de ver en las gestas militares los hechos que merecen ser contados. Tradición definida por el imaginario patriótico de los historiadores. "Porque los Muertos Mandan". *Pensar el Pasado*. Ed. Universidad Nacional. Santafé de Bogotá. 1997.

<sup>23</sup> Entrevista al presbítero Nepomuceno Leal. Noviembre de 1989. Anexo. *La Violencia de 1930-1936...* 1991. 1.

<sup>24</sup> Alfredo Molano. *Los Años del Tropel. Relatos de la Violencia*. Ed. Cerec. Bogotá. 1985. 256.

<sup>25</sup> *El Demócrata*. Op. Cit. 4.

<sup>26</sup> Entrevista realizada a Julio Figueroa. Bogotá. 6 julio de 1998.

<sup>27</sup> *El Vigía*. Op. Cit. Tunja. 24 de septiembre 1936.

<sup>28</sup> El movimiento económico que implica la construcción de un templo es bastante importante, allí no sólo se invierte una gran cantidad de trabajo campesino, sino de dinero. El poderío financiero y económico de las comunidades religiosas y de la institución eclesiástica ha sido un tema que comienza a ser investigado en Colombia y dar sus primeros resultados. Constanza Toquica. *Historia del Convento de Santa Clara en Santafé. Siglos XVII y XVIII. A falta de oro: linaje, créditos y salvación*. Bogotá. Universidad Nacional. Tesis de maestría. 1998.

<sup>29</sup> *El tiempo*. 27 de abril de 1934.13.

<sup>30</sup> Entrevista realizada a Pastor Dávila, natural de Boavita. Bogotá. 6 de junio de 1988.

<sup>31</sup> Entrevista a Agustín Amaya. Malagá. Noviembre de 1997.

<sup>32</sup> Mircea Eliade. *Lo sagrado y lo Profano*. Ed. Labor. Barcelona. 1967. Para Eliade la hierofonía representa una manifestación de lo sagrado, expresada en un cosmos sacralizado, opuesto al mundo secular y a una realidad profana. 20-21.

<sup>33</sup> Françoise Houtart. Op. Cit.

<sup>34</sup> Clifford Geertz. Op. Cit. 1996. 90.

<sup>35</sup> Para facilitar una comprensión de las actuaciones de este personaje resulta muy útil la conceptualización de *bandolero político* desarrollada por Gonzalo Sánchez, en un intento por colombianizar el fenómeno bandoleril estudiado por Eric Hobsbawm a través de la categoría histórica de *bandolero político*. *Rebeldes Primitivos*. Ed. Ariel. Barcelona. 1983. Gonzalo Sánchez nos muestra como los bandoleros colombianos por las tradiciones partidistas de Colombia asumen roles políticos, que hacen imposible definirlos simplemente con el nombre de bandoleros. Gonzalo Sánchez y Donny Meertens. *Bandoleros Gamonales y Campesinos*. Ed. Ancora. Bogotá. 1992.

<sup>36</sup> Entrevista a Hipólito. Febrero de 1991 Anexo. *La Violencia de 1930-1936...* 1991. 91.

<sup>37</sup> Entrevista a Pascacio. Septiembre de 1990. *Ibid.* 88.

<sup>38</sup> Jeny Patricia. *Policías y Chulavitas...* Op. Cit. 1997. 45.

<sup>39</sup> Eduardo Pizarro. «La profesionalización militar en Colombia. El periodo

de la Violencia». *Análisis Político*. Universidad Nacional. Bogotá. N.2. Elsa Blair. *Las Fuerzas Armadas. Una mirada civil*. Ed. CINEP. Bogotá. 1993. Adolfo Atehortua y Humberto Velez. *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia*. Ed. Tercer Mundo. Bogotá. 1994.

<sup>40</sup> Alvaro Valencia Tovar. *Historia de las fuerzas militares en Colombia*. Tomo VI. Policía. Ed. Planeta. Bogotá. 1993. 225.

<sup>41</sup> Arturo Alape. *El Bogotazo. Memorias del olvido*. Ed. Pluma. Bogotá.

Entrevista a José María Villareal

<sup>42</sup> Jeny Patricia Rangel. Op. Cit. 42.

<sup>43</sup> Gladiz Rojas de Segura. *La Violencia en Boyacá. 1946-1950: Protagonismo político del Directorio Departamental Conservador*. UPTC. Facultad de Ciencias de la Educación. Posgrado de Historia. Tunja. 1992. 290.

<sup>44</sup> *Ibid.* 298.

<sup>45</sup> *Ibid.* 297.

<sup>46</sup> *El Demócrata*. 9 de noviembre de 1951. 4. Jeny Patricia Rangel. Op. Cit. 82. Cursiva de la investigación.

